

De médico a curandero

Rafael Olivera Figueroa



Editorial Alfíl

DE MÉDICO A CURANDERO

De médico a curandero

Rafael Olivera Figueroa



Editorial Alfil

De médico a curandero

Todos los derechos reservados por:

© 2019 Editorial Alfil, S. A. de C. V.

Insurgentes Centro 51–A, Col. San Rafael

06470 México, D. F.

Tels. 55 66 96 76 / 57 05 48 45 / 55 46 93 57

e-mail: alfil@editalfil.com

www.editalfil.com

ISBN 978–607–741–235–9

Dirección editorial:

José Paiz Tejada

Revisión editorial:

Berenice Flores. Irene Paiz

Diseño de portada:

Arturo Delgado

Impreso por:

Solar, Servicios Editoriales, S. A. de C. V.

Calle 2 No. 21, Col. San Pedro de los Pinos

03800 México, D. F.

20 de mayo de 2019

Esta obra no puede ser reproducida total o parcialmente sin autorización por escrito de los editores.

Contenido

1. El juramento hipocrático	1
2. La recepción	5
3. El médico renegado	11
4. La gran idea	15
5. Yahualco	25
6. El actor fracasado	29
7. El paralítico	35
8. La primera consulta	43
9. Don Simitrio	53
10. ¿Es pecado mentir para hacer el bien?	61
11. El regalo	65
12. Un verdadero milagro	71
13. La mina de oro	81
14. Cómo hacer un sanatorio	91
15. Locura	103
16. La niña precoz	111

17. Berenice	117
18. La adopción	121
19. Diagnóstico de espiritista	127
20. Una broma cruel	139
21. ¡El pequeño donativo!	151
22. <i>Pater Noster</i>	157
23. ¡Un ilustre colega!	163
24. Una chica audaz	167
25. Los problemas de un practicante	175
26. ¡A la caza de curanderos!	181
27. Los solteros viven como reyes	189
28. La puerta blanca	193
29. La invitación	201
30. La gran puerta	205
31. Se despeja la incógnita	213
32. El adiós	217
33. Epílogo	221

1

El juramento hipocrático

En la sala general de gastroenterología del Hospital Juárez, impregnada de un fuerte olor a merthiolate, éter, alcohol y yodo, reinaba un solemne silencio; en una de sus numerosas camas, bajo la acuciosa y severa mirada de cinco hombres ataviados con toga y birrete, un joven estudiante de medicina exploraba minuciosamente a un paciente: ¡era su examen profesional!

—Litiasis biliar... ¡Ese es mi diagnóstico! —exclamó ante el mutismo que envolvía el tenso ambiente.

Los sinodales se quedaron viendo con expresión aprobatoria a su nuevo colega, quien no disimulaba la felicidad y alegría que lo embriagaba, y uno de ellos, el de birrete con la borla roja, dio respuesta al sustentante:

—Como presidente del jurado, me siento profundamente honrado de haberlo examinado, doctor Felipe Vade, y de comunicarle que ha sido aprobado con los máximos galardones a que puede aspirarse, por unanimidad y felicitación honorífica de cada uno de los integrantes de este tribunal. Son mis más sinceros deseos

que continúe por la senda del estudio y tenga un futuro pródigo en diagnosis y terapéuticas acertadas.

—Espero —dijo otro de los catedráticos— que desempeñe con dignidad la profesión, haciéndola un paradigma de tenacidad, abnegación y humanitarismo.

—No olvide —agregó otro sinodal— los postulados del juramento de Hipócrates, que dentro de un instante leerá, en el ejercicio de su carrera; y esperamos, como el mismo Padre de la Medicina lo hizo, que haga usted una guerra implacable a los charlatanes, curanderos, brujos y todos los falsos médicos que comprometen la nobleza del arte con su ignorancia o sus malas prácticas.

—Lo felicito, joven colega —apuntó otro de sus maestros—, y confío en que sabrá hacer honor al título, cumpliendo con la profesión y acatando religiosamente las leyes de nuestro código médico.

El presidente del jurado, después de haber escuchado las palabras de sus compañeros, se acercó llevando en sus manos el pergamino del juramento Hipocrático a Felipe, cuyo rostro había adquirido la clásica palidez que producen los grandes acontecimientos, y con voz firme, le dijo:

—¡He aquí nuestro sagrado código! Ha llegado el momento de haceros jurar que lo cumpliréis hasta el día de vuestra muerte.

El nuevo galeno, con fascinante emoción, tomó el pergamino, lo extendió, se paró majestuosamente frente a sus admiradores maestros, y con un tono lleno de sinceridad, procedió a leerlo:

—“Juro por Apolo médico, por Esculapio, Higia y Panacea, y por todos los dioses y diosas, a quienes pongo por testigos, que cumpliré, lisa y llanamente, con todas mis fuerzas e inteligencia, el siguiente juramento y obligación escrita: tendré a mi maestro de medicina en el mismo lugar que a mis padres, partiré con él mis haberes y, si necesario fuere, yo proveeré a sus necesidades; a sus hijos los tendré como a mis hermanos, y si ellos quisieran aprender el arte de curar, se lo enseñaré sin paga de ningún género

y sin obligación escrita; instruiré con preceptos, con lecciones orales y con los demás medios de enseñanza a mis hijos, a los de mi maestro y a los demás discípulos que se me unan por convenio y juramento, conforme está determinado en la ley médica, y a nadie más. Estableceré el régimen de la personas enfermas de la manera que les sea más provechosa, según mis facultades y mi entender, y me abstendré de cometer todo mal y toda injusticia. A nadie daré veneno, y si alguno me propone semejante cosa, no tomaré en consideración la iniciativa de tal sugestión. Igualmente, me abstendré de aplicar pesarios abortivos. Pasaré mi vida y ejerceré mi profesión con inocencia y pureza. No haré la operación de la talla (incisión de la vejiga para extraer cálculos), sino que dejaré esta obra a los maestros que de ella se ocupan. En cualquier casa que yo entre lo haré para utilidad de los enfermos, me abstendré de toda falta voluntaria y de toda injuriosa, corruptora o de seducción. Cualquiera cosa que yo vea, oiga o entienda en la sociedad, sea en el ejercicio de mi profesión o fuera de ella, si es conveniente que no se divulgue, la guardaré en secreto con el mayor cuidado, pues considero el ser discreto como un deber en semejantes ocasiones. Si observo fidelidad en mi juramento, séame concedido gozar felizmente de mi vida y profesión, honrado siempre entre los hombres; y si lo quebranto y soy perjuro, que caiga sobre mí la suerte contraria”.

Después de escuchar ceremoniosamente la esencia del Juramento del Padre de la Medicina, los miembros del jurado estrecharon en un fuerte abrazo a Felipe, deseándole mucha suerte; el propio enfermo, que había servido de instrumento en el examen profesional, alargó su huesuda mano y, entre roncós estertores, le dijo:

—¡No nos olvide, doctorcito! Los pobres enfermamos y sufrimos terribles angustias al no encontrar quién nos cure... ¡acuérdesse de nosotros y llémenos de salud y bienestar!... ¡Hágalo por lo que más quiera...!

—Jamás los desampararé ni los olvidaré —contestó Felipe apretándole con suavidad las manos.

Tiempo después, cuando los sinodales ya se habían retirado, Felipe, taciturno y con paso lento, abandonaba la sala sin poder apagar de su oído el eco de las felicitaciones de sus maestros, que le repiqueteaban como campanas de bronce; pero su pensamiento no estaba ahí, sino que recorría, como película cinematográfica, los instantes más difíciles de su existencia. Veía el rostro agonizante de su padre recomendándole, desde su lecho de muerte, que no abandonar el estudio, ya que esa era la única forma de ser un hombre de provecho; también veía la imagen dulce y abnegada de su madre dándole consejos y colmándolo de besos para que fuera buen médico; ahí estaban sus hermanos, amigos, maestros y todos aquellos que en una u otra forma contribuyeron a la consumación de su más grande ambición. Felipe, sin darse cuenta, iba llorando mientras atravesaba los jardines del Hospital Juárez.

2

La recepción

Felipe Vade tenía veinticinco años y había coronado sus más caros anhelos tras interminable serie de problemas y frustraciones. En más de una ocasión estuvo a punto de abandonar sus estudios por falta de recursos; la pérdida de su padre fue un golpe terrible que lo abatió moralmente cuando él estaba a punto de concluir sus estudios; una fiebre tifoidea lo ausentó de las aulas y lo obligó a sobornar a los empleados del “anfiteatro” —sitio donde se practican las disecciones de los cadáveres— a fin de que le permitieran estudiar por las noches sus clases de anatomía y recuperar el tiempo perdido.

Gracias a su bullanguero carácter logró atraerse las simpatías de maestros y compañeros, principalmente la de Marcos, su inseparable amigo con quien compartió los sinsabores de la pobreza a lo largo de su paso por la universidad. Felipe vivía solo; un viejo cuartucho de una modesta vecindad de la colonia Guerrero le servía de morada.

Aproximadamente a las ocho de la noche de ese mismo día Fe-

lipe, recostado en su cama, con las manos entrelazadas tras la nuca y la mirada fija en una desportillada viga del techo, reflexionaba “¡Ya soy médico! ¡Ya logré obtener el título que tanto soñé! Mi padre, que seguramente me está viendo, debe estar satisfecho y ufano, tal vez esté recordando su frase favorita: ‘Una carrera es la mejor herencia que un hombre puede dejar a sus hijos’; y mi madre, mi bendita madre, debe estar gritando desde el cielo: ‘Nunca abandones a los ancianos... trátalos bien...’”.

Un fuerte toquido en la puerta y las inconfundibles notas musicales de los “mariachis” que interpretaban “dianas” hicieron salir a Felipe de su meditación. Ahí estaba Marcos, su gran amigo, que llegaba a felicitarlo.

—¡Viva el doctor Felipe! —gritaba con alegría desde el patio de la vecindad.

La inesperada llegada de su compañero lo dejó atónito, pero recobrándose de inmediato se levantó y le abrió la puerta para abrazarlo efusivamente.

—¡Lo hemos logrado, Marcos! —le decía con la voz ahogada por la emoción—. Al igual que tú, ya soy médico; aunque debo reconocer que unas cuantas horas de diferencia te hacen más “experimentado”.

—Grande entre los grandes eres, mi querido Felipe, porque el título logrado no sólo es de médico, sino también de constancia al esfuerzo y de un rotundo triunfo a la adversidad. Por eso, toda esta “ciudad perdida”, con la que has convivido últimamente, te ha preparado una fiesta de recepción para demostrarte su cariño, y han elegido el “Patio de Candiles”, de nuestra famosa vecindad a la que algún día, ya encumbrado, sentirás deseos de volver y encontrarla igual como la dejaste, para la bailada. No dudo que mañana pensarás en este cuartucho, en el que, entregado al estudio, muchas veces viste ocultarse el sol y otras tantas te sorprendió la luz del alba; pero quién sabe si cuando retournes, dentro de muchos años, en vez de viejos muros y enlosados patios encuen-

tres una estatua perpetuando tú nombre por haber revolucionado la medicina.

Soltando una carcajada y tomando a Marcos del brazo, Felipe lo hizo entrar a su cuarto.

—¡Todo parece un sueño! —le dijo mientras lo invitaba con una señal a que se sentara en una silla—. Y con franqueza, te diré que no me creo merecedor a esta demostración de afecto que me brindan los vecinos.

—Deja los cumplidos y apúrate a vestir para trasladarnos al pequeño “forum” donde el ambiente se ha puesto bueno. No pienses encontrar ahí mujeres que encandilan con lujosos y deslumbrantes trajes y joyas, pero sí verás una sinceridad y austeridad como no las encuentras en la recepción del 15 de septiembre en Palacio.

Felipe, después de acicalarse y brindar con Marcos, se dirigió, acompañado de los “mariachis”, a recibir aquel humilde homenaje en el Patio de los Candiles.

—¡Gracias!... ¡Muchas gracias! —repetía conforme estrechaba las manos y recibía felicitaciones de los vecinos.

—¡Que Dios le dé larga vida y lo ilumine! —exclamó una pobre anciana poniéndole en sus manos una medalla con la imagen de la virgen.

—¡Esta virgencita será mi protectora! —respondió Felipe, halagando a la viejita—. Y la guardaré en mi pecho para recordarlos siempre a todos ustedes —añadió dándole un beso en la frente.

—¡No puedes quejarte! —comentaba Marcos—. ¡En tu vida has recibido una manifestación de afecto como esta!

Todos se disputaban el honor de brindar con Felipe, por lo que en poco tiempo, y después de haber bailado con la mayoría de las chicas, se sintió trastornado, máxime que no estaba acostumbrado a beber. Viéndose así, se disculpó y abandonó la reunión, sin que, advirtiéndolo, alguien tratara de impedirlo.

Tambaleante se dirigió a su cuarto, sintiendo danzar en su mente, cual fantasmas, las figuras desternilladas de risa de sus

amigos, sinodales y hasta de sus seres queridos, quienes parecían burlarse de él. Con movimiento convulso abrió la puerta y entró a tientas, encendió la luz y empezó a ver que todo giraba a su alrededor; con paso inseguro se acercó a la cama y tomó, al pasar junto al buró, el vaso que horas antes había servido para brindar con Marcos. Atraído por su figura reflejada en el enorme espejo, colocado en una de las paredes, se fue acercando, dando traspies y farfullando maldiciones, hasta quedar frente a su propia imagen. Sacudió la cabeza, en un vano intento por despejar la mente, y empezó a mascullar “¡Ese soy yo!; ese es el doctor Felipe Vade, el que pasó varios años nutriendo su saber sobre gruesos volúmenes científicos para descifrar los secretos de las enfermedades; sí, es el mismo, pero ahora con la expresión del idiota producida por el vino. ¡Qué triste es estar borracho y darse cuenta de ello!”. Sin dejar de mirarse en el espejo ni interrumpir su soliloquio, se fue replegando hasta la cama para subirse en ella; ahí, de pie, restregándose los ojos y levantando su vaso al nivel de su mirada, continuó: “Voy a brindar por la enorme dicha de ver a ese que está ahí, y que soy yo, titulado de médico cirujano... Voy a paladear la bebida que más daño hace a la salud por la salud de Felipe... ¡Valiente incongruencia!... Voy a beber, por mí, por el pobre entre los pobres y optimista entre los optimistas... Heme aquí, bamboleándome, después de la tórrida batalla por obtener el pergamino como un vulgar pelele, o tal vez como un soldado que precisa del licor para matar o morir en el frente... ¡Quizá por eso estoy ebrio!, pues mañana tengo que lanzarme a la lucha por la vida. Y ahora, mi querido doctor, ahora que estás a punto de derrumbarte víctima del vino, yo te pregunto: ¿qué piensas hacer?... Ya tienes constancia de que eres médico y puedes ejercer... pero... ¿a quién vas a curar?... ¿dónde vas a ejercer?... bien sabes que para atender a un enfermo se precisa algo más que este cuchitril... ¿Tienes dinero? ¡No! ¿Tienes contactos o palancas que te den un empujón para entrar a un hospital centralizado? ¡Tampoco! Eres tan pobre como lo fue Jesús; mas no vas a poder curar como lo

hacía Él, porque tú no haces milagros. Siempre dijiste que cuando te recibieras de médico te irías a los pueblos a curar renegados y pobres... ¡y ese día ha llegado! Debes preparar todo para internarte en la sierra, lejos de la ciudad, del bullicio, de los amigos, de las mujeres, del bueno... y de todo. ¡Mucho éxito, señor doctor, y ojalá que mañana...!”

Felipe no concluyó. Cayó pesadamente sobre la cama y se quedó dormido: ¡el vino lo había “anestesiado”!

3

El médico renegado

Al día siguiente Felipe se levantó temprano y fue a la iglesia. Tenía deseos de rezar y calmar su estado de ánimo, así como de dar gracias a Dios por la feliz culminación de sus estudios. Atravesaba el pequeño jardín del templo, sumido en la meditación, cuando fue interrumpido por una ronca y gastada voz que le llamaba

—¡Felipe...! ¡Felipe!

Al volver la cara vio sentado en una banca a don Olario, un viejo médico amigo de la familia.

—¿Tan temprano se levanta? —preguntó Felipe acercándose.

—Desde que me titulé —respondió el viejo— tengo esta costumbre y lo hago así haya consumido un barril de cerveza la noche anterior.

—Me parece una buena medida para conservarse sano... ¡la de levantarse temprano, por supuesto!

—Siéntate un rato a respirar el oxígeno de este jardín y a charlar conmigo. Supe que ayer te recibiste y me da mucho gusto,

pues eso significa que la profesión médica día a día cobra más fuerza y más prosélitos.

—Eso mismo pienso. Ayer tuve la alegría más grande de mi existencia, o mejor dicho, la satisfacción más fastuosa: ¡obtener mi título de médico!

—Y hoy has venido, como buen cristiano, a darle gracias a Dios por este beneficio... ¿no es así?

—¡Efectivamente!

—Nuestra profesión, Felipe, da muchos momentos agradables y posiblemente es la más envidiada y respetada; no existe otra que tenga los atributos y el acercamiento a Dios como la nuestra.

—Así es, doctor... ¡ser médico es algo sublime! Yo estoy lleno de los mejores propósitos para honrar la profesión.

—Me gusta oírte hablar de esa forma, pues tu postura coincide con la que adopté hace cuarenta años cuando también vine a esta iglesia a dar gracias al Señor. No lo vas a creer, pero te estaba esperando.

Felipe, con gesto de sorpresa y asintiendo mecánicamente con la cabeza, siguió escuchando.

—Sí, desde hace días, al enterarme de tu examen profesional, he venido a este lugar para verte entrar a la iglesia con la cabeza erguida y los brazos extendidos, haciendo la señal de la cruz, para agradecer al Altísimo los favores que te ha prodigado... ¡y no me he equivocado!, pero antes de que penetres a ese sagrado recinto, quiero que me escuches.

—Usted dirá, doctor —respondió el joven con respeto.

—Estoy seguro de que en estos momentos, como repetidas por el eco, escuchas las frases de parabienes, felicitaciones y qué sé yo, vertidas por tus maestros, amigos y familiares con motivo de tu recibimiento, pero dudo que alguien se haya atrevido a hablarte como pienso hacerlo ahora, con la crudeza y la sinceridad propias de la razón, la experiencia y la verdad. Yo también fui un médico, como ahora lo eres tú, lleno de ilusiones y bellísimos proyectos, pero el destino, que me fue adverso, y la sociedad, me

convirtieron en un renegado de la medicina y, en consecuencia, en un fracasado. Todos esos castillos de optimismo que había construido fueron derrumbados por el soplo de ese monstruo de mil cabezas que se llama sociedad. Claro, y lo reconozco, que la flaqueza de mi carácter, tan débil como la complexión física del célebre personaje de Cervantes, aceleró mi caída. Con esta experiencia, hoy puedo decirte que no hagas caso a las adulaciones ni a las manifestaciones de agradecimiento de quienes recobraron la salud en tus manos, como tampoco a las maldiciones de los deudos de aquellos que, pese a tu esfuerzo, no encontraron la salvación, mas, en última instancia, preferible esto último, porque lo primero causa mucho daño. Yo cometí el error de dar cabida a los halagos y grande fue mi decepción. Llevaba en el espíritu los sagrados postulados de Hipócrates y los aplicaba fielmente en el ejercicio de la profesión, pero esto hizo que abusaran de mí y me vieran como un iluso. Todos pensaron que ser médico presupone una entrega total en holocausto, privaciones y eterna sumisión hacia el paciente, aun en perjuicio de nuestra propia salud y familia. No aceptan que el médico esté enfermo o indispuerto, y si llegan a admitirlo le exigen sacrificio invocando el juramento hipocrático que ni siquiera conocen, pero a la hora de la paga fruncen el ceño por parecerles caro, cosa que ningún hombre hace al liquidar la cuenta de lo consumido en una cantina, como tampoco ninguna mujer al pagar el servicio de un salón de belleza. El ser humano es raro: tú habrás visto que tiene más aprecio a su automóvil que a su propia existencia; habrás visto pagar sin regateo elevadas sumas por la compra de una joya y considerar un robo lo que les cobran por una intervención quirúrgica. Por eso te recomiendo que no te envanezcas y sepas cobrar. El médico es ignorante en este aspecto, independientemente de que nuestros legisladores se han olvidado de poner en vigor un arancel que facilite esa molesta tarea. Sé de colegas que cobran una bagatela por una apendicectomía, mientras otros piden las perlas de la virgen. Ambos se olvidan de tomar en consideración el potencial

económico del paciente. Creo que así como existe en la carrera un juramento, algo similar debería haber en las demás profesiones. Se habla mucho de los médicos y de sus pretensiones, pero jamás se escucha a la gente lamentarse de los pagos excesivos que hace por adquirir un automóvil o una casa. Es triste ver cómo se critica al médico que no pudo asistir a una consulta por encontrarse enfermo y cómo se le disculpa al político que robó millones de pesos durante el desempeño de sus funciones, con el consabido: “siquiera hizo algo, no que los anteriores solamente robaron”. Ojalá me comprendas, Felipe, y no llegues a donde yo he llegado, a renegar de la profesión, de la humanidad y muchas veces hasta del mismo Todopoderoso.

Con un ademán afirmativo, Felipe dio a entender que había comprendido.

—¡No olvides mis palabras! —insistió don Olario mientras se levantaba de la banca para abrazar efusivamente al galeno.

Reflexionando en lo que había escuchado, Felipe entró a la iglesia y se arrodilló ante la imagen de Jesús.

Mecánicamente repitió sus oraciones, pues su pensamiento estaba firmemente clavado en lo que el viejo médico le había señalado.

4

La gran idea

En el calendario de la vida de Felipe las hojas iban cayendo indiferentes; los días pasaban uno tras otro sin que, pese a sus esfuerzos, pudiera iniciarse en el ejercicio de su profesión. Ya se había hastiado de recorrer consultorios, clínicas, sanatorios particulares, dependencias de gobierno, etcétera, y encontrar las puertas cerradas. Cierto que su carácter, fogueado para la lucha, lo empujaba a no ceder, pero también la decepción empezaba a minarle la moral. Podía decirse que Felipe estaba desilusionado, mas no derrotado.

Esa tarde, deseoso de cambiar impresiones y olvidar un poco los tropiezos, se presentó inesperadamente en la casa de Marcos, quien se encontraba recostado en su cama con una cara de aburrimiento que no podía ocultar.

—Te veo pensativo —dijo Felipe mientras lo saludaba.

—¡Estoy fastidiado de esta constante guerra que es la vida y en la que me encuentro copado!

—¿Qué te sucede?

—No puede concebirse que con un título de médico cirujano, expedido por la universidad, me esté muriendo de inactividad y ¡hambre!

—No te desesperes, recuerda que también tengo esa constancia y esa bulimia.

Con gesto de coraje, Marcos fijó su vista en el título que pendía de la pared.

—Nada más por curiosidad, escucha: “La Universidad Nacional Autónoma de México otorga al señor Marcos Trigueros Soto el título de médico cirujano en atención a que demostró tener hechos los estudios requeridos por la ley y haber sido aprobado por unanimidad de votos en el examen profesional que sustentó el 17 de agosto de 1954, según constancias archivadas en la secretaría de la misma Universidad. “Por mi raza hablará el espíritu”. Dado en la ciudad de México, Distrito Federal, el día 9 de septiembre de 1954”.

Tras breve pausa, y después de restregarse la nariz, comentó en forma despectiva e irreverente:

—¡Por mi raza hablará el espíritu! Si mi espíritu hablara, sería para injuriar a mi raza.

—No desbarres, viejo. Ese título, además de acreditar lo que sabes y eres, es la llave secreta con la que abrirás el gran mundo de las enfermedades que nos atormentan, aunque debo reconocer con la franqueza que siempre nos ha caracterizado que, al igual que el mío, es una constancia de penalidades, abstenciones y pobreza experimentadas para llegar hasta donde estamos... ¡porque vaya que nos las vimos negras!

—¿Y dónde estamos? —murmuró Marcos malhumorado—. ¡Veinte años de quemarnos las pestañas para desempeñar la noble misión de curar a los enfermos! Y, en resumidas cuentas, no somos más que un par de tontos a quienes les estorba el título para poner una taquería y transmitir enfermedades en vez de curarlas, pero eso sí... ¡ganando la billetiza a lo salvaje!